

--No se olvide vd. de venirme á comunicar todo lo que vuelva vd. á saber sobre el asunto.

--Tendré á vd. al corriente de cuanto ocurra. Adios, señor Duval.

--Adios, señor Willey.

Y el doctor salió pensando en los pasos que con mas seguridad podrian conducirle al logro del plan que habia dispuesto para deshacerse de Nuñez y de Leopoldo, en tanto que Duval quedaba entregado á las mas dulces esperanzas de alcanzar la posesion de la mujer que amaba.

CAPITULO VI.

El Santuario de Guadalupe.

Cuatro dias hace que vimos al doctor y á Duval entregados al diálogo que dejamos consignado en el capítulo anterior.

Las últimas sombras de la noche cedian su lugar á la clara luz de la rosada aurora, que se presentaba en el Oriente recorriendo el blanco cortinaje de su alcázar.

Pero ¿qué anuncian esos repiques y esos cohetes con que saluda la suntuosa ciudad de México la luz primera de la aurora? ¿Qué anuncia ese murmullo de la gente, esa animacion que se advierte por todas partes? Es que ha llegado el memorable dia en que se celebra la portentosa apari-

cion de de la Virgen de Guadalupe; que brilla la luz del doce de Diciembre, y que, desde las primeras autoridades de la nacion, hasta el mas humilde ciudadano, se preparan á partir hácia el magnífico Santuario que se levanta á una legua de la ciudad, y que es uno de los mas célebres y concurridos del mundo.

México en estos momentos se presenta con todos los encantos, riqueza, alegría y hermosura que distinguen á las principales capitales de Europa.

Nadie diria que esa bella ciudad, donde todo respira en este instante vida, lujo, animacion y contento, ha sido durante la larga série de revueltas que le han afligido, teatro de lágrimas, de sangre, de luto y de dolor.

El repique de las campanas, cuyas sonoras lenguas rasgan el aire en las cien iglesias que cuenta; el continuo estruendo de los cohetes voladores que desde las azoteas de todas las casas despiden los vecinos, y el relincho de los corceles en que recorre las espaciosas calles la elegante juventud

mexicana, dan á la ciudad una animacion y un tinte que cautivan.

Todo es vida y movimiento. Millares de carruajes, desde la dorada carroza particular, hasta el mas anticuado vehículo de alquiler, sin excepcion de carros y carretones, van apretados de gente que concurre á la fiesta.

No hay una sola familia que no se disponga á partir al suntuoso Santuario de Guadalupe, en que la Madre del Salvador escucha amorosa los ruegos del afligido, las acciones de gracias del consolado, y las alabanzas de todos.

El dia de Nuestra Señora de Guadalupe és, para los mexicanos, uno de los de mas celebridad.

No es, pues, de extrañar, que en medio de las penas, de los conflictos y de las aflicciones que deben pesar sobre una sociedad tan trabajada por las sangrientas revoluciones, se dirijan sus individuos, llenos de fe y confianza, á pedir á la Virgen su celestial amparo.

La Religion es el bálsamo consolador de las almas; y los mexicanos que se distinguen por su religiosidad entre los pueblos mas católicos, acudian en tropel en ese dia, á procurar el remedio que pusiera término á los males de unos, y á pedir la prosecucion de las felicidades de los que se juzgaban venturosos.

La explicacion de ese afan que los mexicanos tienen en visitar el célebre Santuario, es sencilla, y la fastuosidad con que celebran la fiesta religiosa que nos ocupa, muy digna de conocerse.

Hé aquí la sencilla tradicion que dió origen á la magnificencia del grandioso Santuario á que va á seguir el lector, por un momento, á varios personajes de mi historia, y que, alcanzando de dia en dia mayor culto, ha dado á la Villa de Guadalupe, situada al Norte, en un terreno árido y estéril, que forma contraste con la exuberancia del sorprendente valle de México, una importancia, una vida y una riqueza que exceden á las ventajas de los pueblos mas favorecidos por la naturaleza.

Aun humeaba la sangre de los guerreros aztecas y españoles, aun se descubrian en las campiñas las huellas que deja el hierro en los combates, cuando se realizó el prodigio que debía derramar en la raza recién conquistada los consuelos de la religion, y que dió origen al expresado Santuario.

Voy á dar á conocer la sencilla exposicion de ese hecho que cambió de repente la faz de la sociedad del antiguo imperio de Moctezuma, y que dió origen al suntuoso templo á que asisten el dia 12 de Diciembre los mexicanos.

Juan Diego era un indio, natural del pueblo de Cuautitlan, que acababa de abrazar la religion católica y que robaba algunas horas al trabajo para ir á Santiago *Tlalteulco* á escuchar la doctrina de los religiosos franciscanos que administraban entonces la parroquia. Un dia en que, como de costumbre, atravesaba el punto árido llamado *Tepeityecoaczol*, que significa, *nariz del cerro*, oyó una dulcísima armonía, y volviendo asombrado los ojos hácia el lugar de donde aquella partia, descubrió un arco-iris de

bellísimos colores, y en medio de blancas nubes, la mirífica forma de una celestial mujer, vestida de la manera con que lo hacían las ricas y nobles indias antes de la conquista. Juan Diego, como impulsado por una fuerza misteriosa, se acercó á ella sin temor, aunque con respeto, y entonces oyó, sorprendido, de los lindísimos lábios de aquel sér, cuyo mórvido cuerpo estaba cercado de cierta espiritualidad arrobadora, que era la Madre de Dios, que deseaba se le erigiese allí mismo un templo, que dispensaría su amor y proteccion á todos los que en ella buscasen alivio á los padecimientos, y que partiera inmediatamente á México á dar parte de todo al obispo. Juan Diego cumplió con lo que se le habia ordenado; pero el digno prelado, fray Juan de Zumárraga, creyendo que todo era una vision quimérica de un indio que acababa de dejar la idolatría por la verdadera religion, no dió crédito á sus palabras. El sencillo azteca refirió á la Virgen lo poco airoso que habia salido de su comision, y habiéndosele aparecido otras tres veces sin

que Juan Diego lograra mejores resultados de sus entrevistas con el obispo, resolvió no volver á pasar por aquel sitio. Tomada esta determinacion, y viéndose precisado á ir por un confesor que auxiliara á un tio que tenia, llamado Juan Bernardino, el cual se hallaba gravemente enfermo, se desvió del camino para no hallarse con la celestial Señora; pero saliéndole ésta de repente al encuentro, le aseguró que su tio estaba ya enteramente sano, y le ordenó que subiese á la cumbre de aquel árido cerro, que solo producía espinas y maleza, recogiese en su tilma (tejido muy abierto hecho de yerbas) variadas flores, y se las presentase al señor Zumárraga, en señal de la verdad de sus palabras.

Juan Diego, á pesar de que sabia muy bien que en aquel cerro no se criaban, no digo flores, pero ni yerba, obedeció; y con asombro suyo vió la cumbre cubierta de las mas exquisitas rosas que afanoso colocó en su *tilma*, partiendo en seguida á verse con el ilustrado obispo. Este, á las repetidas instancias del indio, salió del salon acom-

pañado de algunos respetables sacerdotes y familiares. El catecúmeno extendió entonces su *tilma* para mostrar las flores, y apareció grabada en aquella, la portentosa imágen de la Madre del Salvador, con tal perfeccion, con belleza tanta, que el ilustre prelado y cuantos le acompañaban, cayeron de rodillas ante aquel prodigio.

Este suceso acaeció del 9 al 12 de Diciembre de 1531, á los diez años y cuatro meses de la conquista, siendo Pontífice Clemente VII, y rey de España, el emperador Carlos V.

Tal es la piadosa tradicion que ha ido pasando de una generacion en otra, y que ha dado á este Santuario un nombre y una importancia de primer orden.

El obispo Zumárraga, deseoso de cumplir con uno de sus mas grandes deberes, hizo construir, á sus expensas, una ermita en el cerro de *Tepeyacac*, á donde fué llevada la imágen, en procesion solemne, el año de 1533. Por espacio de noventa años, permaneció la Virgen en ese primer templo; pero habiendo ido creciendo de dia en dia

la devocion hácia esta portentosa imágen, se colectaron muchas limosnas, y se dió principio á la hermosa Catedral que hoy existe, la cual se bendijo en Noviembre de 1622, y en cuya obra material se habian gastado hasta entonces, *ochocientos mil duros*, sin contar con un tabernáculo de plata que regaló el virey, conde de Salvatierra, sesenta lámparas, tambien de plata, y otros muchos y ricos objetos del mismo apreciado metal.

Si agradable es este sitio por los recuerdos religiosos que despierta, no lo es menos por los que pertenecen á la historia de la conquista. En él estuvieron asentados los reales de Gonzalo de Sandoval, uno de los mas valientes capitanes de Hernan Cortés, durante las sangrientas escenas de la guerra que precedieron á la toma de la capital azteca. Allí era donde los vireyes españoles entregaban el baston de mando al que iba de la península á reemplazarles. La independencia la proclamó el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores el 16 de Setiembre de 1810, haciendo tremolar el estandarte

en que se veía una copia de la Virgen de Guadalupe. En Octubre de 1821, instituyó Iturbide, primer emperador mexicano, la órden mexicana de Guadalupe, y por último, en esta villa se celebró el importante tratado de paz entre México y los Estados- Unidos, que se concluyó en 2 de Febrero de 1848.

A este sitio, pues, de gratos recuerdos, concurría en número infinito, en los instantes que nos encuentra nuestra historia, la población de México y los indios de los pueblos comarcanos.

La gran ciudad quedaba solitaria, y sus habitantes, á juzgar por el afán, la alegría y el bullicio de que estaban animados en aquel instante, parecían emigrar á una region encantadora que les brindaba con los goces y la felicidad.

Los coches de alquiler, que siempre tienen un sitio fijo donde esperan al que quiera ocuparlos, en esos momentos, los toman por su cuenta los aurigas que recorren los puntos mas concurridos en que la gente está en espera de algun carruaje que los

cocheros, aprovechándose de aquellas favorables circunstancias, hacen pagar á su bido precio.

Pero ¿á quién pertenece esa brillante carroza colocada en medio de ese espacioso patio, dispuesta á salir tirada por dos fogosos caballos blancos que tasean impacientes el freno, arrojando de sus abiertas bocas esponjados copos de nevada espuma?

Un elegante cochero, vestido de lujosa librea, fino sombrero y guante blanco, está sentado en el pescante, teniendo con ambas manos las lustrosas riendas.

Un negrito, como de diez y ocho años, despejado y vivo, vestido de la misma manera, y que sin duda es el lacayo, permanece quieto al lado de la portezuela, como en espera de algun personaje, y dispuesto á abrirla en el instante en que se presente.

Con frecuencia levanta la cabeza, y dirige la vista hácia el espacioso corredor que, provisto de lujosas macetas, llenas de exquisitas plantas, remeda un pensil aéreo, para ver si asoma la persona que sin duda espera.

De repente se oyó el ruido de una puerta vidriera que se abría.

Era la de la sala que comunicaba al corredor.

A poco apareció una hermosa y elegante señora de maneras distinguidas, y detrás de ella un caballero dando el brazo á una jóven bella y pálida, que apenas podía sostenerse en pié.

En su abatimiento y debilidad se cree distinguir el estado de postracion en que queda el individuo despues de haber triunfado de una grave enfermedad. Pero fijando detenidamente los ojos en ella, no se descubre en su ovalado rostro, blanco y apacible como el disco de la luna, la terrible huella que imprimen los padecimientos físicos, sino mas bien el dulce tinte de la melancolía originada por los sufrimientos morales.

A corroborar esta última opinion contribuye la frecuencia con que se la ve llevar la mano al corazon, y alzar al cielo sus grandes y serenos ojos, enviando una blan-

da y virginal mirada demandando piedad y compasion para sus penas.

Sin embargo, una ligera tos que le asalta de vez en cuando, obligándola á llevar el pañuelo á la boca para contenerla, indica que, si bien es cierto que no ha tenido que luchar contra una de esas funestas enfermedades que destruyen de un golpe la naturaleza, sí ha padecido ó padece en su salud una de esas alteraciones que, sin dejarse sentir con estrépito y violencia, se esconden silenciosas, pero profundamente en el pecho, como el gusano roedor que se oculta dentro de la fragante rosa que ostenta al mundo sus colores, y siente la muerte lenta, pero segura, en el corazon.

La jóven separó el blanco pañuelo de su linda boca teñido con una leve ráfaga de sangre, impresa por la temática tos en el cándido lino.

—¡Siempre sangre!—Dijo con tristeza el caballero en que se apoyaba la jóven.—Las medicinas de hoy son tan ineficaces como las de ayer!

—¡Las medicinas!—exclamó la enferma

con débil y suave acento, dejando asomar á sus pálidos lábios una sonrisa de incredulidad y de resignacion.—¡Nunca he abrigado la lisonjera esperanza de que podrian proporcionarme algun consuelo! Dios únicamente conoce la intensidad de mis dolores, y solo él puede hacerlos desaparecer de mí para siempre! Ved ahí por qué en vez de recurrir á las medicinas de los hombres, recurro á la oracion en demanda del remedio eficaz de mis dolencias. Ved ahí por qué cuando me resisto á tomar lo dispuesto por los facultativos de la tierra, me dirijo al Santuario de Guadalupe, á pedir á la consoladora universal, á la Madre de los afligidos, á la Vírgen sin manecilla, una mirada de ternura y de amor que inunde de dicha mi existencia.

—Y yo uniré mis ruegos á los tuyos, hija mia;—contestó la otra hermosa mujer acercándose á la jóven:—porque yo, lo mismo que tú, querida Clotilde, espero de la Emperatriz del cielo el eficaz alivio á tus padecimientos.

La campanilla que anunciaba que algu-

no subia la escalera, interrumpió el diálogo.

El caballero que daba el brazo á la jóven, hizo un gesto de disgusto temiendo que vieran á impedir su salida.

En aquel momento apareció Duval en la puerta de la escalera, y saludó respetuosamente al interesante grupo.

Clotilde se puso aún mas pálida, y creyó desfallecer; pero Inés voló en su ayuda, y ofreciéndole su brazo, la sostuvo.

Don Emilio, pues no era otro el que acompañaba á la jóven, suplicó á ésta que le esperase un momento, y se dirigió á Duval tendiéndole afectuosamente la mano, y suplicándole pasase á la sala.

—Lo haré; pero sin que sea largo en mi visita. Veo que van vdes. á salir, y procuraré ser conciso en el asunto interesante que me trae.

No bien penetró en la sala seguido de D. Emilio, cuando sin querer tomar asiento siquiera, le dijo:

—Vengo á salvarle á vd. de un peligro

próximo, y de una lamentable desgracia á su familia.

Don Emilio se sorprendió.

—¿Qué quiere vd. decirme con eso?—Preguntó con marcada inquietud y sobresalto.

—Que no asista vd. á la reunion que tienen en Guadalupe los que conspiran contra el gobierno.

Don Emilio se puso pálido, y dijo con voz balbuciente, dejando ver en su rostro el espanto y el terror.

—Yo no conspiro.....

—Pero está vd. á un paso de conspirar: lo sé, y por lo mismo vengo á prevenirle que el gobierno tiene noticias de esa junta que los descontentos celebran hoy en la Villa, y que no concurra vd. á ella, aunque le han suplicado á vd. que no falte. No ignoro que tratan de comprometerle á vd. á que tome parte en la revolucion que hace tiempo se fragua; pero ya que hasta ahora no se ha resuelto vd. á cooperar á la caida de la actual administracion, no prevarique vd. de su prudencia en el instante que mas necesidad hay de ella.

Don Emilio iba á contestar, pero Duval le interrumpió diciendo:

—Para probarle á vd. que estoy al tanto de los mas insignificantes pormenores, le diré que aun ignora vd. los nombres de las personas que hoy deben reunirse, excepto el de una á quien consagra vd. una verdadera amistad, y de la cual se han valido para alcanzar la promesa de que concurrirá vd. hoy á la junta.

—Veo que todo lo sabe vd.; y negarle que estaba dispuesto á asistir á la reunion, seria no corresponder con franqueza al notable servicio que acaba vd. de prestarme.

—Sabe vd. que el gobierno tiene agentes que se introducen en todas partes, fingiendo odiarle de muerte. Pues bien, uno de ellos que concurre á las juntas secretas, lo ha descubierto todo, y la policia caerá sobre los conspiradores en el momento en que estén reunidos en la casa que con este objeto han tomado en la Villa.

—¿Y no seria conveniente avisarles á todos del peligro que les amenaza?

—Eso equivaldria á que la persona que

me ha confiado el secreto, me juzgase adicto á los conspiradores. Además de que ya sería tarde para ello: deben encontrarse en este instante reunidos, y cercada la casa por agentes de policía disfrazados.

—¡Qué fatalidad!

—Solo á Leopoldo, por un rasgo de generosidad que he querido usar con él, he tratado de salvarle; pero habia salido para la Villa, y no he podido verle.

—¡Cómo! ¿Leopoldo es tambien de los comprometidos?

—Es uno de los principales. Deseaba probarle que soy su admirador y amigo, á pesar de que me disputa la mano de la hermosa Clotilde; pero, repito, que no he podido encontrarle en ninguna parte.

—¡Ah! ¡si llegase á oídos de Clotilde esta noticia, se moriría de pena sin duda!

—Por eso es preciso ocultársela; y si se la he comunicado á vd., ha sido para que en cualquier tiempo se sepa que nunca sofoco los deberes de la humanidad á las exigencias del bastardo egoismo ni del necio amor propio.

—Lo sé muy bien.

—Pero esperan á vd. las señoras, y yo he terminado el asunto que me traía. Adios, D. Emilio:—dijo estrechándole la mano:—diviértase vd.; pero no concurra á la junta de los conspiradores.

—Se lo prometo á vd., y le doy las gracias por su salvador aviso.

—He cumplido con el deber de amigo.

—Y yo trabajo por corresponder á sus pruebas de sincera amistad, procurando inclinar el corazón de mi pobre protegida en favor de vd.

—¡Oh! esa empresa es muy difícil.

—Pero no imposible.

—De todas maneras, siempre viviré agradecido al empeño que vd. se ha tomado por mi felicidad.

—Es que no olvido nunca que á su generosidad debo los bienes de fortuna que habia perdido.

—Y yo debo á la bondad que tuvo vd. en admitir mi oferta, el bien mas grande que existe para el hombre, la satisfaccion del alma.

Landeta le estrechó la mano con expresion de gratitud.

Duval correspondió con otro apretón, y le dijo en voz baja:

—Le vuelvo á pedir á vd. que no acuda al sitio en que se reunen los conspiradores en la Villa.

—Lo haré así.

—En cuanto á Leopoldo, haré lo posible por encontrarle antes de que se dirija á la casa en que celebran su junta.

—Pero ¿está vd. seguro de que es uno de los conspiradores?

—A no dudar.

—¡Oh! es preciso ocultárselo á Clotilde.

Duval, al pasar por el corredor acompañado de Landeta hasta la puerta, saludó á las señoras, y desapareció.

Don Emilio, preocupado con lo que acababa de oír, se acercó con aire distraído á Clotilde, le dió el brazo, y ayudado de Inés, que sostenia del otro á la jóven, bajaron la escalera y se dirijieron al coche.

El negrito lacayo, al verles cerca, abrió la portezuela con una mano, mientras con

la otra se quitó el sombrero hasta que entraran.

Clotilde, ayudada de Landeta, subió al carruaje con alguna dificultad: en seguida subió Inés, y tras ella D. Emilio.

El negrito cerró de golpe la portezuela; recibió, siempre deseubierto, algunas instrucciones que se las comunicó al cochero; se colocó luego detras de la carroza; el auriga templó las riendas, dió con el látigo á los briosos caballos, y poco despues el carruaje rodaba con extraordinaria rapidez por el ancho pavimento de las hermosas calles que están en direccion á la Villa de Guadalupe.